

1177  
ROBERTO DE LAS CARRERAS

# Parisianas



MONTEVIDEO

TALLERES DE A. BARREIRO Y RAMOS

CALLE CERRO, NÚMERO 61

1904

U  
866.3  
C315p



Parisianas

ROBERTO DE LAS CARRERAS

# Parisianas

---

---

53940



MONTEVIDEO

TALLERES DE A. BARREIRO Y RAMOS

CALLE CERRO, NÚMERO 61

1904

U  
866. 3  
C 315 p

II-3-i.-

CRÍTICA EPISTOLAR



## CRÍTICA EPISTOLAR

Contestando al envío de un ejemplar de MUJERES FLACAS. Edición elegante.  
Coqueta dedicatoria

*Señor Paul Minelli.*

Exquisito:

Me he deleitado, á fuer de sibarita de los espeluznos parisienses, en la contemplación de los paisajes «episcopales» que forman las ojeras de sus noctámbulas, de sus mimosas del «Chat Noir»: ojeras enlutadas y trágicas, diluídas por el esfumino de los besos sabios.

Sus delgadas, sus enfermas viciosas, sus hermanas, son odaliscas de un harem verlainiano, iniciadas de un sensualismo triste. Son las malditas de la dicha decadente. Su gracia enervadora se tiende en la agilidad de las estrofas breves como piececitos «mignons» en que el verso castizo ha sido hábilmente desarticulado y al cual ha conseguido usted dar el estremecimiento francés...

Sus poesías son un imprevisto en el peñascal del habla maciza de los godos. De una levedad de mariposas, parecen prontas á volar de la página. Su libro deja en los dedos un polvillo de oro... Un reflejo de absinthe opalino en el que pena, soñadora, el alma de Verlaine, sumerge sus miniaturas en un nimbo deliciosamente cárdeno...

Tiene usted el don de ligereza, la divina frivolidad. Como enseña

Nieztche á los superiores, se corona usted de rosas y se entrega á la danza.

Ha bebido usted el beso de Lutecia.

Ella lo ha mecido, intoxicado tiernamente, lo ha ungido con el gesto de la gracia enferma.

Llega usted, nostálgico, de los brazos de las exquisitas, ¡nuestra patria! impregnado de sus perfumes ¡Huele usted á Cavalieri y á Cleo de Merode! <sup>(1)</sup>

En su espíritu florecen amarguras dulces, penas dichosas, deleitosos cansancios que sonríen. . .

Se ha penetrado usted de la fineza de la llovizna del París gris. . .

El spleen, esa niebla elegante del espíritu, suele velar su estrofa:

*Baja dulcemente  
El spleen.*

La poesía « A una duquesa » es realmente ducal. Es una gran mariposa de terciopelo azulado y manchas episcopales, digna de haberse prendido en la falda de la Pompadour.

Su pasión por Musset es mi pasión. Digamos con el vizconde:

*Douce aristocratie, toi, que la vieille France aime dans ses beaux jours!*

Cierro el libro. Es de noche. . . París. . . El Boulevard, en su sudario de niebla, fosforesce con mil ojos como enormes rubíes. El ópalo del absinthe (mi egoísmo paterno le reclama esta perla) envuelve con reflejos alucinantes á las Quimeras tristes. . . El alma de Baudelaire palpita. . . Los vampiros sensuales rondan. . . Los corazones de los enamorados perfuman. . .

¡Acerquemos, poeta, las cráteras de fino tul de Bohemia, á los venenos elegantes que nos brindan las hadas decadentes!

---

(1) Estando en prensa estas páginas llega á mi noticia que Minelli contrae matrimonio. Hago votos por la felicidad del perfumado parisiense, del atiligranado sensualista.



«La Nación en Marcha», por el gran prosista Manuel Bernárdez. Lujosa dedicatoria.

*Señor Manuel Bernárdez.*

Eximio:

Me apresuro á saludar tu magnífica labor con la más extasiada de las sonrisas que celebran el milagro artístico.

Has hecho un arte del periodismo y eres digno de tus rivales parisienses: Clemenceau, Lorrain.

Tu prosa se funde en el paladar como un sorbete. . .

Es tenue y coqueta como el tul mimoso que trasluce la desnudez rosada de las amantes de Lutecia; es de aire tejido, que diría Petronio.

Te constituye el difícil buen gusto, el «peplum» ondulante de una regia facilidad. . . Eres un surtidor irisado. En tus párrafos, pomposos de matices, flamea el adjetivo, como los gallardetes de las rientes corbetas, provocadoras de la hierática, ensimismada Esfinge polar. . .

Tus páginas, por instantes, se estremecen, húmedas de reconocimiento hacia la gran amante que se decoró para tí con las esmeraldas del follaje, que te envolvió en el velo impalpable de su caricia. . .

No comprenderías á Vigny:

*Ne me laisse jamais seul avec la Nature!*

Tú defines hermosamente á la que Michelet aborrece y ama como

á una mujer . . . á la «tierna, á la brava, á la mimosa», á la compleja laberíntica, á la neurótica, enigma de amor y crueldad, á la implacable, á la traidora, á la femenina Naturaleza, cuya alma inmensa contiene el alma de todos los poetas: El huracán es el alma trágica de Esquilo; el valle amable que el sol recrea: la sonrisa anacreóntica; las espinas que muerden rabiosamente: la sátira de los humoristas; los páramos sin consuelo: las almas áridas de la decadencia inconsoablemente sedientas . . .

La Naturaleza, esa gran partera tornasolada, ha recogido sus uñas de asesina de hombres y de seres, acariciándote el rostro con su pata de terciopelo . . .

Yo me he sentido también llamado por la extraña sirena, llevado á ella en una efusión palpitante de júbilo lloroso . . . ¡Parece que invitara á la marchitez del cansancio, con las insinuaciones sutiles de su vocabulario etéreo, á una transmutación olímpica en su flora, en su alegría, en su fuerza!

Mi aticismo trisca gozosamente en tu obra . . . Me solazo á la sombra de tu amable decir . . .

Tu manera me produce las delicias de una inmersión en un perfumado baño tibio . . .

¡Lástima que los arcos voltaicos de tus frases, que el gorjeo de tu prosa, se halle al servicio de una materia agrícola, de una vulgar información, de una revista industrial!

¡Lloro tu Musa en blasfema promiscuidad con tambos, tamberos, ingenios de azúcar, con toda la vida doméstica de la Nación Argentina!

Yo amo también á Buenos Aires, pero bajo otra faz. Veo en él á la gran «cocotte» del Plata, á la ciudad émula de Sybaris y de Alejandría, de las grandes «debauchées» de la Historia. ¡Celebro la calle Florida tapizada de asfalto, que semeja un salón, acribillada por los incendios de las «vitrienes», los cuales reverberan en los ojos de las mujeres en la hora intensa, alucinante y febril del paseo crepuscular,



cuando los carruajes patinan hacia el Bois de Boulogne americano en un largo despliegue de culebra!...

¡Admiro la elegancia ultramundana de las condesas porteñas, admiro la Opera, el Palacio del Congreso y el Jockey Club!

Salvo las reservas enunciadas, alfombro con mi homenaje tu paso de artista.



NOVELLI Y DEMARCHI





*Señor Andrés Demarchi.*

Elegido:

Reclamo el honor de haber sacado de pila, tiempo atrás, sobre la página de «La Razón» á tu loco, adoptado por Novelli.

Indudablemente lo mejor de tus excursiones pintorescas en Europa y en Asia es esa maravillosa *trouvaille* del actor extraordinario, del intérprete magno, estremecedor de almas, que vive tu obra.

No se sueña un más allá en la clarovidencia de la expresión, en el poderío pictórico de la línea. ¡Esa cara es un drama!

Es una cara predestinada: ¡Ojos magnéticos de mirada fulminante! ¡quijada que se afila en las locuras tétricas!

Novelli tiene almas en el guardarropa del Teatro. Se coloca una de ellas y es Luis Onceno, se pone otra y es tu loco...

Viste una psicología como un traje. Moldea en su persona un protagonista como en cera. Este arquetipo escénico de abigarrada efigie, mezcla de Satán y de Byron, con algo de Savonarola, ha hecho del arte su manera de ser...

¡Tu intérprete te asciende á la gloria sobre una de sus amplias alas!

¡Tu ensueño de un megalómano perseguido, con relámpagos de razón, en que el juicio rasga cárdenamente la umbria mental con imprecaciones luzbélicas de vertiginosa utopía, ó con una luz suave, como una flecha del sol hiende hoscas nubes de tormenta; tu Prometeo

alucinado que pretende apoderarse de las leyes eternas, robar la luz... es uno de los más portentosos estallidos de la genialidad de Novelli!

¡Es encarnado con una frenética inspiración de locura, con un fulgor de realidad alucinante!

La vorágine glacial de la emoción dramática viborea en la médula, crispera, envuelve, fascina, magnetiza, atrae hacia la escena que cruzan ráfagas de efluvios, invisibles relámpagos de nerviosidad. ¡Nos tira sobre el asiento!

¡Qué potencialidad de gesto! ¡Qué verba mímica! ¡Qué grito entrañable!

Despunta el asimilador de almas enteramente loco, con una luminosidad en el rostro de megalomanía dichosa, risueño de quimérica gloria, de imaginarios triunfos... Sonríe, enajenado, á las músicas ignotas que escuchan los megalómanos paradisiacos en los silencios inefables de su razón...

*...garde tes songes, les sages na n'ont pas d'aussi beaux que les fous!*

Hay en el rostro del Evocador, pincel viviente, filigranas, fugas de locura... Es un cinematógrafo que cruzan los delirios en cabalgata walkírica ó como lentas nubes...

Habla el silencio del poseído de la deidad extraña. Se ve á la Locura pasar páginas en los soliloquios de su fisonomía...

Corre, azaroso, el demente tras de los fantasmas burladores de los enemigos que se desvanecen en la pesadilla cárdena y tornan á surgir: Inverosímiles larvas, cariátides que gesticulan, bufonas...

El demente se precipita, asiendo el aire...

¡Ese loco es filántropo, generoso como todos los locos!

Brinda las armonías de su olvido terreno á la Luz, al Sol... Sus hermanos menores en vértigo, presas del Hada mecedora Imaginación, sonreímos con solidaria complacencia, á la Quimera enferma...



La escena final del segundo acto, en que el demente acariciando una ingenua alucinación junta á los que considera sus dos amigos: su esposa, valga la terminología burguesa, y el ex-amante de ésta, es lacerante, exquisitamente amarga por lo que deja entrever. La garra oprime.

Esta escena revela todo tu don eximio. Las Musas descienden del Helicón para coronarla de laurel.

Hace el efecto de uno de esos fuegos de artificio que se rasgan en el aire y se desatan en luminosas, azuladas estrellas boreales. Es una pintura digna de los más bellos lienzos dramáticos.

¡Lástima que no hayas infundido en el corazón de tu criatura poética un anhelo borbotando hacia el antiguo electrizador, para que el enajenado al juntar á los amantes hiciera chocar sus cariños, reconciliara sus bocas, siendo así dolorosamente terrible el acre sabor del cuadro! . . .

Debo hacerte un reproche. En mi calidad de amante no puedo tolerar el desenlace en el que das muerte injusta al tentador de la esposa, ahogado por tu loco furioso.

¿Qué te autoriza á cometer ese espantoso crimen? No hay traición, pues el postulante amoroso no es amigo del marido; sólo se finge tal un momento para salvarse de sus garras, y una mujer es de quien la toma. «Donde encuentro mi cosa la reivindico», dice el famoso jurista alemán Savigny. Por otra parte, esa correcta señora montevideana que se horroriza de las pretensiones blasfemas de su galán, le ha pertenecido en otra época, cuando según confesión propia fué desairada por el que nuevamente la solicita. ¡Qué de extraño, qué de culpable en esta actitud del galán! Yo habría hecho lo mismo, razón por la que me estremezco: me veo ahorcado. . . Y lo mismo habrías hecho tú ¡oh parisiense! y habrían hecho tus críticos Samuel y Don Gonzalo que inciensan la reserva clásica de la esposa y á quienes crónicas pimentadas atribuyen las más dichosas aventuras.

Nada más justo que un amante *reivindique* su bien, sobre todo teniendo en cuenta que su poseedor actual ha perdido, como diría el autor del Infierno, *il ben del inteletto*.

Un loco por muy sublime que sea no tiene derecho á usufructuar un don raro como es una mujer linda.



Hay cuerdos que tampoco poseen ese derecho que falta á los locos. En tal categoría inclúyense los burgueses sentenciosos que han aplaudido rabiosamente, á ensangrentarse la piel, la asfixia del Lovelace de tu drama. Se explica. Por lo menos en una dulce ficción, has liberado á todos ellos del «Enemigo» el cual empieza á manifestarse en Montevideo, alargando la garra. Tu drama ha venido á tranquilizar muchos espíritus.

¡No comprenden que el Amante ha muerto... en la escena! ¡Yo estoy en pie para reivindicarlo!

¡Por una simple corte condenas á un simpático joven que ataca, á la pena capital, con el agravante de que esa pena es por estrangulación! ¡Se diría que te has inspirado en la legislación española en que se halla en boga el *garrote*! ¡Lo inconcebible es que tú superas en severidad represiva al Código Español, pues éste, como cualquier otro código, fulmina el crimen perpetrado, no el que se intenta cometer, mientras que tú, por un conato de conquista, aplicas á tu infortunado personaje la expiación de Angiolillo!

Me perdonarás que no pueda seguirte tan lejos.

Decididamente, esa muerte es un lujo de crueldad. Me la explicaría si el amante representara un peligro para el marido cuya tesis celosamente defiendes,— ¡se te creería un marido!—pero no es así pues la acorazada señora, á la cual para ser completamente pura y digna de nuestra unción respetuosa, no le falta más que no haber pertenecido á ningún hombre antes de su sacramento con Arturo, esquivando los ataques del macho de una manera rotunda, con un viboreo escurridizo digno de la más arrogante de nuestras abstencionistas. Es una esgrimista del pudor, pronta al quite, con paradas dignas de Greco; una virtud armada en guerra, un agilísimo crucero que á la vista del Amante, vira y huye á toda máquina, suelto el trapo, desencadenando al «Enemigo» una andanada mortífera.

Más de una montevideana que se estima fuerte pudiera tomar ejemplo en esa virtud maestra. Yo, por mi parte, preferiría hallarme frente á frente á un crucero japonés que en presencia de la toledana señora.

Como si el recato de la matrona no fuera suficientemente homicida,



extrangulas al amante. ¡Sangre de un sacrificio cristiano humeando en el ara de San Felipe y Santiago, patrones de Montevideo, plaza fuerte del Marido, bastión inexpugnable, el cual, haría más que Port Arthur la desesperación de Kuroki!

¡Contra tu horrible sacrificio de sangre humana, protesto en nombre de Afrodita y de Pan!

¿No es sobrada pesadumbre para un amante no ser correspondido por el objeto á quien ama? ¿Por qué la puntilla? ¿Por qué la muerte?

¡Eres de un refinamiento neroniano de moral; eres un Borgia de la excentricidad abstencionista!

No tienes entrañas para el Amante al que colocas con singular alevosía fuera de la Ley. Eres un juez apasionado.

Es fuerza confesar que tu loco tiene un instinto maravilloso. Entre las múltiples personas que pudo hacer víctimas de su furor se dispara contra el rival que aspira juiciosamente á su esposa. ¡Puntería japonesa!

No puedo menos de hallarme desconcertado, desmontado, en vista de ese curioso neurópata que tan dichosamente interpreta los gustos de nuestra sociedad, y el cual si en cuanto á los dineros necesita tutela, no así en lo que se refiere á bienes más íntimos.

¡Qué orientación de locura! Es una locura con brújula. Hay cuerdos á centenares que no sabrían acertar como tu loco.

Cuando se desvanezcan de tu ideología las últimas lontananzas, los vagos *cirrus* de *cittá piccola*, al calor de la gran Roma en la cual, según Voltaire, Dios ha sido siempre el predilecto después de los placeres; cuando tu arte repose en el seno orgullosamente sensualista de la adormecedora Lutecia; entonces, con las velas inflamadas y sacudidas por los vientos de las pasiones rugidoras, batido tu esquife por los oleajes felinos, ornado por un cortejo de oceánidas en las calmas melódicas, ¡*tu prendras le large!* ¡llegarás hasta el fin en el arte revelatorio de estremecer la curiosidad psicológica, de enardecer el numen de la Emoción! ¡Palparás las estrellas del Zodíaco de los inmortales!

El Drama te abre los brazos como á su elegido; ¡el difícil drama, soneto agigantado, Esfinge Ibsen!



PIEDRAS PRECIOSAS



## PIEDRAS PRECIOSAS

POR LUIS GUIMARAES (HIJO)

Azares dichosos de la diplomacia han traído á la Aldea al amante portalira de Rio Janeiro, señor Luis Guimaraes, Brummel de la Embajada brasileña.

Con ademán persa, con esplendidez digna de Buckingham nos arroja un puñado de piedras preciosas del Africa Americana, en que trepa á los cielos el viejo Corcovado, en que las gráciles palmeras del desierto ofrendan al soñador errante, con gracia femenina, dátiles perfumados y acariciadora sombra; en que nace el oro de la fiebre del sol y la plata de haces de la luna cálida, como la palidez de las sultanas; en que el alma hirviente de color embebe el paisaje en tintas procaces de una tonalidad delirante; aterciopela el verde umbrío de las hojas; fluye, relampagueando, en los pétalos incandescentes de flores inauditas, como borrachas de aromas; ¡épico país de la luz! ¡prisma gigante que desabrocha al sol en olas de matices! ¡vértigo laberíntico, orgía exasperada del iris!

Pájaros de topacios, rubíes y esmeraldas, fingen en las selvas de soberano misterio llamas fulgurantes de colores... Una armonía sublimemente pictórica une el verde supremo, al mar azul de Prusia, al iris de las piedras preciosas, á las flores, á los frutos, milagros del sabor...

El libro del señor Guimaraes entreabre sus páginas de pedrería como los pétalos fascinadores de una flor impetuosa de las selvas brasileras. Sus imágenes parecen pintadas al óleo como los paisajes calenturientos del Africa americana. Su elegancia es hermana de las palmeras.

El habla de Camoens y de Junqueiro, exhala quejidos armoniosos de voluptuosidad en esos versos de miel, en que se abandona muelle y soñolienta, la Musa anaranjada del trópico.

Es un libro de *boudoir* que será entibiado bajo la almohada de las soñadoras del beso, que sueña con aterciopeladas penumbras, con suaves acariciamientos de manos como blancas mariposas inquietas. Es un juguete delicioso de Cupido.

Los libros como el de Petronio Guimaraes son depositados en una vidriera del *Boulevard des Italiens*, entre oleajes de terciopelo color grana, como las joyas. . .

Estremecen con una fruición sibarítica de sensualismo plástico, esos engarces de la idea en estuches afiligranados de papel de hilo, de Holanda, en papel de aguas, en que se dibujan como penumbras de maravillosos estanques, ornados de ibis: visiones traslúcidas de fantasías de Kioto. . . Libros en que traza el lápiz sus caprichos de nube, las evanescencias de las ilustraciones diamantinas que llevan el ritmo á la fantasía del fumador de ensueño, como los arabescos de humo de un narghilé. ¡*Lotus bleu*, caricia de estetismo evocadora de los piececitos frívolos que fluían de las literas doradas, afelpados pomos *mignons* de preciosa esencia pagana, en que borrachas cabelleras triunfales se derraman sedosamente sobre la mimosa página minúscula; que se aspiran por todos los sentidos, que perfuman, que embriagan!

En la edición de Afrodita el engarce indio se alarga con una esbeltez digna de la diosa cuya aurora de carne trasluce el *elzevir* de una sobriedad latina, de una inflexión que compite con la del estuche, ambas inspiradas en el tallo del *lotus*.

¡Suntuosas ediciones de D'Annunzio, deliciosamente arcaicas que parecen marchitas por una humedad de siglos! ¡Surgen las ojivas, los astrólogos, los viejos monasterios que conservaban el mohoso



secreto del arte y de la ciencia al par que el vino rancio de sus cuevas!

¡Biblias de caracteres agrestes que parecen labradas en la corteza de un árbol, pesadamente augustas, en que durmió la Idea la honda noche medioeval, de un vetustez sagrada, como polvorientas!

El libro del señor Guimaraes pertenece á este orden de belleza. Esgrime el gesto gótico.

Palpo el estuche. Me impregno de su plástica melodía. Un vaho de sutil estetismo se desprende de sus páginas magnéticas, semejante al fluido del vértigo. . . ¡Es el perfume del cuerpo de la Musa! . . .

Los dedos, graciosamente febriles, de *a vaga Seraphita das montanhas*, han cerrado el libro con el mariposeo de un lazo de cinta tropical. El ilustre maestro brasileño Alberto Nepomuceno ha puesto en música varias estrofas quiméricas. Las Hadas del sonido entrelazarán guirnaldas de notas á los sutiles encantos del dactilotheca. Gargantas de cisnes, ornadas de piedras, prestarán á la pedrería rimada la vibración de sus ecos, el hospedaje encantado de su caliente armonía.

Un lápiz ágil (Scarzolo Travieso) revolotea en las letras iniciales de las estrofas, en la brasa viva de la Portada: Ex libris.

No estoy por el dibujo decadente. El genio de la escuela que persigue la originalidad en el mal gusto ha hecho trazar á Scarzolo un cuerpo de Diana que espeluzna de indignación y de espanto al alma clásica.

¡Representar la curva que la naturaleza hizo á torno, que esconde el más arcano de los equilibrios, ¡la curva inefable que hace llorar! por semejante rigidez de añoso tronco de árbol; los senos de la diosa, caricias de carne, por dos conos en punta; el rostro de la inverosímil Diana, por unas facciones etiópicas; su cuello de aterciopelado mármol, por un calambre coriáceo; su muslo soberano, por un muslo velloso que sería aplaudido en un sátiro, es una profanación inconcebible! ¡Es el delirio de ese arte despistado de la decadencia que imita la torpeza de las hachas de piedra, los dibujos balbucientes del hombre de las cavernas, que tiende á presentarnos la mujer bajo



pretexto de naturalidad ó viso de ambiente, con manos y pies de baturro; ¡horror de horrores! ¡insulto supremo al alma de la Belleza, mutilación macabramente cristiana de la línea inviolable que no soñaron jamás los más perversos cenobitas, que nos hace preguntarnos á los estetas, si decididamente la Belleza ha muerto y debemos cubrirnos el rostro con el manto!

El arte obtuvo en Grecia la luz y la inmortalidad de los Dioses. Mareada por el espíritu místico retrocede á la prehistoria incongruente, á la profusión caótica, á la arritmia bárbara. Se ha perdido el modelo, la mujer, depositaria de la línea, sol del Arte. El gusto vil espía el natural cristiano deformado ó raquítico, abominable engendro del pudor, como el genio griego bebió la gracia en el natural pagano, éxtasis de la línea, espasmo supremo de la armonía, expresión de un mundo, en que la belleza, como recuerda Pierre Louys, redimió á Frinée del crimen. Frinée era culpable, pero su cuerpo divinamente puro no podía ser destruído. ¡Tanto valía derribar el Paternón!

En los rasgos desfallecidos y fantasmales del arte quiméricamente fútil de la decadencia, dibújase la sombra escúalida del Galileo.

El arte parece ido con el Placer, ese hijo divino de la Belleza. ¡Hace dos mil años que la humanidad lleva cilicio en expiación del primer beso que estremeció á las estrellas!

Calvino, aberración espeluznada, energúmeno frenético del Cristianismo, verdugo de Servet, hunde el Renacimiento: se precipita sobre la Belleza incorporada en la tumba. ¡Clava con furor en la ternura del seno que surgía sus uñas voraces de cenobita! ¡Humilla y aventa el paganismo católico de los Papas! La Belleza, tronchada, cae en el silencio y el olvido, vencida una vez más, acaso para siempre, por la hidra pavorosa de las Catacumbas.

Verlaine tañe sus himnos dolorosos á la Santa Virgen emblema de la castidad, de la clausura entristecida del sexo, fantasma exangüe que desgarrado en haces tembladores, en evanescencias etéreas, flota en las vanas alegorías de la decadencia mística...

Baudelaire atraído por la putrefacción y el vacío, con el vértigo de



su propia náusea, repite el Eclesiastes, evoca las imágenes larvas, carcomidas y repelentes, que el Cristianismo pide á la tumba, al horror, al pecado; para tener razón sobre la belleza y la vida.

Baudelaire y Verlaine son dos fuentes emponzoñadas por la religión de Pablo. Ambos saborean el placer-vicio, el amor-pecado; ambos son realmente perversos, pero su perversidad no está en la vida, es hija de la subversión mística de sus almas. Las *Flores del mal*, son las flores del mal cristiano, son las flores del Dogma, el cual enseña que los venenos del crimen se esconden en las delicias de los sentidos, como un áspid febril en un nido de rosas.

Verlaine se arrodilla y sobrecoge en la unción deleitosa del arrepentimiento. (*Sagesse*). Baudelaire se crispa: *nos repentirs sont lâches...*

El Cristianismo hizo de la dulce pendiente florecida de jardines que coronaba el éxtasis, á que se entrelazaban ríos melódicos, lodazal abyecto y madriguera de cardos. Cayó realmente como el fuego del cielo y todo lo consumió. Se realizó entonces el mito bíblico. El hombre salió del Paraíso perdido de la Sensualidad.

Pablo creó un nuevo crimen y una nueva ignominia: el crimen y la ignominia de amar á que nunca pudieron sustraerse las multitudes malditas. Señaló un culpable á su cólera: el deseo inocente.

Pero la vida y el amor se yerguen. Cristo cae hecho polvo de la cruz. Su imagen retrocede, tambalea, se esfuma. Cristo no ha existido. Es un mito remoto de la India que peregrina en los Evangelios. Sólo queda Pablo, de pie, impostor fabuloso; fascinador inaudito de enjambres de humanidad, que, desde el fondo de veinte siglos, de entre telones de los tiempos, mueve los hilos de *marionettes* de todo un mundo, crea la fantasmagoría inverosímil de la religión-impostura de Nicea.

Odios y guerras de símbolos, de cruces y medias lunas, persecuciones, matanzas, Sainte Barthelemy, la Inquisición, pueblo que se humilla, consternado de piedad; todo eso es San Pablo que mueve los hilos de *marionettes*.

Entre tanto el signo del *Credo* es una cruz, antiguo símbolo de la unión de los sexos; que se *crucan* en el arrebató vibrante, estremeceador de estrellas, hijo del Eter!

¡Oh venganza, oh invencible ironía del éxtasis pagano! Las fervientes del Evangelio que maldijo el amor, las apóstatas de su don de hermosura, en los instantes supremamente devotos del delirio místico, llevan cariñosamente á los labios la cruz. . . ¡El signo de la vida!

Baudelaire y Verlaine son los dos grandes poseídos de la enfermedad demoníaca, de la alucinación maléfica del beso delictuoso. ¡Ambos son el estigma cristiano incrustado en la frente del Siglo!

La Juno absurda y trivial que el Cristianismo ha tendido en la portada de Scarzolo, blasfema de la diosa griega purísima que el poeta mima en *O rubi*.

*Que heráldica passeia  
Entre as estrelas pallidas de autumnno  
E reclinada no invisível throno  
Da nivea Lua cheia.*

Cierto, Scarzolo que es un fino artista, no es culpable de haber afrentado á Diana espejándola en una caricatura decadente. El ha cedido, *medium* abandonado, á la perversidad de los profetas enemigos de la Belleza; llevó su mano sin que él lo sospechara el irónico espectro de las catacumbas. . .

*Piedras preciosas* es un grito pagano del nuevo Renacimiento, en que Flaubert, Pierre Louys, Guimaraes, D'Annunzio, France, parecen proseguir en el arte la obra de Juliano.

Guimaraes es un artista immaculado, ¡un griego! ajeno á la más leve vulgaridad tendenciosa.

El arte sólo se concibe egoísta. Sin preocupaciones humanas. Vive de si mismo. De lo contrario no sería digno de figurar en el Olimpo, no sería divino. Los dioses miran soñolientos las vanas angustias de los hombres. El poeta es el sacerdote de la belleza pura,





ese lujo del mundo. *Nao costumam dormir nas rosas os condores*, contesta Junqueiro, pero los cóndores no son poetas. ¿Os imagináis á Ovidio y á Anacreonte predicando la revolución social, la muerte de la exquitez y del estetismo, coronados de rosas? La sola palabra utilidad es un maleficio que hace arder las alas de la Poesía y las malogra en cenizas. Ella está por encima de la vida y de tocarla muere como esas plantas nostálgicas robadas al regazo de sus tibios climas. El Arte es lo inefable. Así lo proclamaron todos los estetas puros, la Grecia ingenua perlada de rocío. En el bosque encantado en que la Belleza mora reina una ebriedad silenciosa, una sonoridad muda, un indecible olvido que se cierne sobre las aguas soñadoras de la fuente Castalia. En ellas se baña y se extasía divinamente el cielo...

En los peristilos de su libro, en un derroche de portadas, Guimaraes enlaza á las cuerdas de liras semejantes á escudos de una heráldica poética, como un *rouban* del torneo, el lema de su gallardía: Arte y Amor.

El mundo resuena como una orquesta. Las musas anhelantes, llorosas de enajenamientos sublimes, ungen al cruzado de la Belleza con miel del Himeto, lo coronan de rosas para las justas del gay saber en que él derramará las rimas á los piés de la castellana del almenado Ensueño. Y el ebrio menestrel, el corazón rebosando de todos los perfumes de las doradas mañanas, húmedos de rocío los labios de que vuelan los besos, marcha á la conquista de las guirnaldas de brazos; incensario vivo de la armonía, de la voluptuosidad del Arte, intérprete florido de la gran conspiración del Beso, que sabe la consigna de amor que pronuncian mentalmente las cosas, del hálito misterioso que se cierne en las noches, sobre las rosas entreabiertas y sobre los corazones, revelador porta-lira que murmura al estremecimiento de la castellana: ¡todo lo bello es caricia!

Las piedras preciosas y el amor se confunden. ¡Hay no sé qué íntima voluptuosidad idólatra en soñar la desnudez de una querida sobre la que derramamos diamantes á torrentes, en un lecho de acantos!

*D'oro e di gioielle  
Ti vorrei ricoprir di capo a piedi.*

¡Feliz tú, entre todos los mortales, oh rey Salomón, que envolviste en la excelsitud de tu mágica gloria sibarita, á la esclava de tus ebrios cantos! ¡Que pudiste volcar sobre su cuerpo endulzado en el óleo, conservado en la mirra, los tesoros inauditos de un fabuloso imperio!

¡Como una esencia que no han evaporado los siglos, mecido en el Cantar, nos trasmites el cuerpo de tu amante, ofrenda eterna consagrada por el genio á las llorosas devociones del Beso!

Guimaraes coloca su Evangelio bajo la égida de Salomón y de Moisés, patriarcas del Verbo y de las piedras, que trazan en los peristilos, versículos relampagueantes. El libro se embriaga en un poniente del mundo maravilloso, del estetismo antiguo. Cruza fugazmente la página un pliegue de la túnica de púrpura de Salomón. ¡Por momentos el libro, clamoroso de pedrería, se me antoja la propia diadema del rey amador!

Las estrofas con perfiles de ánforas me alucinan: ¡Turíbulos sanguíneos de los que se desgarran en ondas, aleteando, el perfume ávido de la Sulamita!

Examino las gemas con un deleite digno del sabio del Cantar.

*Sao para os pocos que vos comprehendem  
Almas ardentes em corpos frios.*

Yo me precieo de comprender esas vivas luciérnagas, de febriles escamoteos de luz, petrificaciones radiantes de pétalos del trópico; unidas á la mujer por una invencible simpatía, por un solidaridad



enigmática que las hace fulgurar de frenética dicha sobre la carne de las amantes y de las reinas.

El alma que ha descubierto Guimaraes entre sus facetas lúbricas es un alma femenina y á ello alude, sin duda, el poeta cuando dice:

*O velho Plinio vos daba astuzia  
Santo Epiphânio vos daba sexo.*

Hay no sé qué de la perfidia clásica en los rafagueos desvanecedores de sus facetas semejantes á las gotas de rocío que tiemblan en las hojas.

*Peor que as serpentes  
Fascinas e mentes,  
Herdaste da onda os beijos traidores.*

dice el mago de la piedras del Agua Marina. Este axioma puede aplicarse á todas las piedras en las cuales parece metamorfoseada la sirena bíblica que tienta á la mujer no ya en el Paraíso sino en las vidrieras. Como ella tienen el *cuerpo frío*, como ella gustan de ensortijarse y rodean las gargantas de cisne calentándose sobre la carne tibia como la serpiente al sol. Como ella dan vértigos, espeluznan, como ella susurran discretamente en el oído á la mujer el buen consejo del Pecado. . .

Son las piedras las mensajeras de Don Juan, la Belleza que suplica por el Amor. ¡Fausto abre el corazón de Margarita con llave de piedras!

Estos fuegos fatuos encarnados en prismas que parecen querer huir de la mano con sus bailoteos estremecedores y ávidos, indomables, para usar una vehemente expresión del Poeta, son de un brillo inquietante, de una fugacidad turbadora como el alma intangible de las histéricas.

En sus compases burladores y afilegranados de luz, en sus peripecias radiantes, en el terremoto fulmíneo de sus prismas que se arremolinan, serpentean, en sus fosforescencias furentes, en sus espasmos caliginosos, —cristales de nieve de rauda geometría— en su hervor

alucinante, en sus auroras boreales, en sus explosiones mudas, en su caos de relámpagos, la belleza se manifiesta con una extraña é inquebratable seducción. Glaciales y soberanamente bellas, son un instante parnasiano de la Naturaleza. Son la luz sin calor, como el *radium*. . . Devoradoras, parecen quemarse como el *radium* sin consumirse. Son la única belleza natural indiferente, escéptica como el hombre, la que encuadra en el concepto inanimado de Baudelaire, que según Gautier es el poeta de los paisajes de mármol en que corren ríos congelados.

*Je suis belle, oh mortel, comme un rêve de pierre*

.....  
.....

*Et jamais je ne pleure, et jamais je ne ris.*

La belleza humana anhela el contacto de las piedras para impregnarse de ellas, como del alma embriagadora de la Hermosura. Las esquivo la belleza absoluta, como si temiera celosamente la rivalidad de su feérico poderío. Bajo el fuego de sus detonaciones mudas, de su deslumbramiento asiático, la línea augusta no puede surgir en su esplendor tranquilo; las ignoró la Grecia <sup>(1)</sup>. Son la turbación más bien que la armonía, electrizantes y místicas, espejos movibles del deseo. Tienen, sin duda, un alma que esperaba al Poeta. . .

¡Hay genio en fusión en el multiplicarse efervescente, en el champagne laberíntico de sus llamas audaces y borrachas! En las gemas como en las almas parecen sonar trémolos de armonías.

*Deves amar a pedra extranha dos complexos. . .*

*Milagres. Olha bem. . . não sentes um gorgheio*

*De côres a través do tumultuoso seio?*

*Um delirio de sons na mezcla dos reflexos?*

(1) Venus Cavalieri la admirable hetaira romana, Musa de la tarjeta postal que es el alma voladora de París, (traslado á Monseñor Luquese) en el papel de *Thais*, al terminar la danza encantada, arroja el manto y aparece, estatua viva, sin un rayo de luz, de una simplicidad inmaculada, heroica que diría Junqueiro, en el desnudo del cuerpo y de la línea.



Como las almas, los astros de Bisapur parecen extáticos, como ellas  
anhelantes, como ellas soñadores:

*Vens da Arabia e da Persa ás vozes que te chaman  
Para os ricos anneis de certas mãos divinas,  
Mais quando nos salões todos os olhos te aman  
Eu noto em teo semblante a saudade das minas.*

¡Como almas líricas, en exaltación de goces, los astros subterrá-  
neos, parecen desatarse en haces triunfales, en brindis alborozados  
de chispas! ¡Como almas trágicas, en conflagración de penas, parecen  
resquebrajarse en hirvientes cráteres de luces!

*Ao tranqüillo sorriso as lagrimas preferes!  
Quantos dramas da vida escondes en teo lume!  
Quantas almas febris de homens e de mulheres  
Ardem dentro de ti na colera do ciúme!*

Las piedras parecen creadas como el oro de los astrólogos por la  
alquimia del sol, sólo que para formar las constelaciones preciosas, el  
rayo furente ha sido desabrochado en sus siete colores. Las piedras  
son el secreto pictórico del rayo de luz. Su cuerpo frío es hijo del  
más penetrante ardor, de la más fecunda caricia del padre Helios.  
Salvo las marinas perlas, nacen en los climas cegados de claridad. Se  
diría que el Iris se congeló en el umbrío regazo de las minas, y que el  
fulgor de las piedras es el recuerdo de su llameante origen. Son el  
alma encantada del Sol. ¿Nos conmueven porque se parecen al cla-  
moreo de luz de los astros, porque semejan chispas arrancadas de  
mundos verdes y azules, restos imperceptibles de planetas astillados  
en pulverizaciones cósmicas, llovidos sobre la tierra, en que recoge-  
mos, temblorosos y alucinados, esos fríos recuerdos? . . . El hecho es  
que parecen tocadas por un rayo místico, por un más allá sideral.

*Conforme o sabio Jehuda Mosca  
De vos as dozem que brilham mais,  
São consagradas aos doze meses  
E aos doze signos Zodiacaes.*



Según la leyenda judaica que también recuerda el preciosista:

*Falou o Senhor a Moysés dizendo:*

*E farás uma vestidura santa para Aarão, teu irmão, para gloria e decoro;*

*E falarás a todos os sábios de coração, a quem eu enchi de espirito de prudencia para que fazem vestimentas a Aarão, com as quaes santificado me ministre.*

*Farás outrosim o Racional do Juízo que sera tecido de ouro, de jacintho, de purpura, de escarlata tinta duas vezes, de linho fino retorcido.*

*Elle sera quadrado e dobrado: terá um palmo tanto de comprimento como de largura.*

*Porás nelle quatro ordens de pedras; na primeira fileira estará a pedra sardão, o topazio e a esmeralda;*

*Na segunda o carbunho azul, a saphira e o jaspe;*

*Na terceira a turqueza, a agata e a amethysta;*

*Na quarta o crysólito, a cornalina e o berylo.*

*Ellas serão encastoadas em ouro, fileira por fileira;*

*E terão os nomes dos filhos de Israel: doze nomes estarão nellas gravados, cada um em sua pedra, conforme a ordem das doze tribus.*

*Farás para o Racional duas pequenas cadeias de ouro o mais puro, que se unam entre si;*

*E duas arcolinhas de ouro, que poras encima aos dois lados do Racional.*

*E Aarão levará os nomes dos filhos de Israel no Racional do Juízo, sob; e ó peito, quando entrare no Sanctuario para eterno monumento diante do Senhor.*

La fantasía del pueblo nefasto á la civilización descubrió el genio espiritualista de las gemas.

En estos relámpagos petrificados, Guimaraes observa con deleite el trasunto centelleante de la Naturaleza, de la mujer, de todas las cosas.

¡El mundo, el universo están hechos de piedras!

El Poeta recorre un inmenso dactilothéca, la *trouvaille* á la mano, semejante á un viajero que circula en una gótica gruta de estalactitas; ese dactilotheca, esa gruta, tiene por *plafond* los diamantes del cielo.

*Ergue a inquieta pupilla ao céu quando anoitece*

*E verás da varanda em que estás triste e só!*

*Que a fluida Via-Lactea a scintillar parece*

*Uma nurem sem fim de diamantes en pó!*



La selva está hecha de esmeraldas:

*Pastores: sêde amigos da esmeralda!  
E tao viçosa e de tao côr vestida,  
Que faz pensar na selva fresca e unida  
E nas montanhas de virente falda!*

El topacio obsede al Poeta:

*Vislumbro em toda à parte o seo feitiço artistico.  
Nas eiras do trigal, nas urnas dos extractos,  
E de noute à luzir, phosphorescente e mystico  
Na pupill subtil dos pensativos gatos!  
.....  
O pistillo do lyrio e os estames de anémona  
Dourados são! são de ouro os thesouros caucasicos  
E o cabello revoltó e ruivo de Desdémóna.  
Era uma torrencial cascada de topazios!*

Es imposible no detenerse á admirar la técnica, los enlaces voluptuosos de las rimas trinando en los extremos de los versos... rimas de un ésmalte infalible, sin falla, que sujetan las estrofas como broches de diamantes.

El preciosismo regiamente fácil, de una *aissance* marcada por el genio de la aristocracia, que recuerda el abandono soberano de un pliegue de peplum, fluye tumultuoso y viviente como la cascada de la cabellera de Desdémóna.

*Guarda, pois, em teu cofre à joia de aureo brilho  
Rival da que no sceptro usava o Gran Mogol...  
O topazio, ó divina Amiga é o louro filho  
De uma gota de mel... e de un raio de sol!*

El ópalo:

*E un pedaço de céu destacado do arco iris!*

Las violetas son:

*As améthystas dos jardineiros!*



Con una gracia divinamente frívola que sugiere la flexibilidad alada de un surtidor de Versailles, el Poeta esconde en cada piedra un maridral perfumado.

El topacio es hijo de una gota de miel y de un rayo de sol. La perla dice:

*Nasci do occulto amor de uma gôta de orvalho  
Que escapando ao cyclône, enfurecido e brusco,  
Foi pelo mar adentro implorar agasálho  
A encantada mansão de nácar de um mollusco!*

El rubí nace de una aventura de Diana en el bosque: La diosa oprime el césped, con el peso de su hermosura; la divisa el Amor y lanza su flecha sobre el arrobamiento del seno. . . La Diosa del desdén derrama calientes gotas de rojo licor; desde entonces según la ebria expresión del Poeta: abrió su corazón como un cáliz purpúreo á los besos de Endymión, y nació el Rubí de la sangre derramada por el eterno niño.

A creer al fantasista, contemplando la esmeralda se ven dentro de ellas lagos llenos de lirios y de náyades; mirando el rubí se ve desmayar dentro de él dulcemente á Diana herida por el travieso amor.

«O Rubí» es un lienzo griego, de una sutileza exquisita, de una resplandeciente evocación.

Se palpa la escena. Podemos casi recoger en nuestros brazos á la diosa en que parecen inspiradas ¡ay! nuestras desvanecedoras bellezas, que tienen como *la reina de la caza*, el corazón cerrado á *las astucias del Amor*.

Nos parece que la diosa inclemente volverá el rostro á nuestros besos, esquivará la boca perseguida por la celosa codicia.

Se disparará con su velocidad de cierva y volviéndose contra nosotros implacable en la fanática obcecación que le hace rehuir la compañía amable de los hombres, sacará de su aljaba una flecha transformista, nos herirá: ¡seremos convertidos en corzos y devorados por los perros, como Acteón!



Tal nuestras beatas hermosuras que llevan flores y frutos al altar de Diana. Pero no olviden las deliciosas sobre las cuales quisiera yo derramar todos mis besos y todos los tesoros de Salomón, que Diana fué vencida. . . — Es testigo Guimaraes — y si esto ocurrió á una Diosa, ¿qué no sucederá á vosotras, ¡oh tiernas hijas de los hombres! Dianas mortales cuyo corazón cubierto de nieve cristiana, yo quisiera calentar con mis suspiros, cuando pasáis á mi lado envueltas en vuestra indiferencia, y en vuestra apacible ignorancia? . . . ¡No se vive más que una vez el mismo minuto! . . . ¡La felicidad tiene prisa! Y daos bien cuenta ¡oh bellezas que amo y que deseo! El amor de Diana no fué una caída sino un triunfo. Abrió Endymión su broché como el sol abre las rosas. ¡No culpéis á las divinas corolas de su expansión á la vida! Diana después de amar acrecentó su hermosura. Su cuerpo de mármol inmortal pareció iluminado por la Caricia. . . .

No olvidéis, ¡oh griegas! que la belleza os fué concedida por las Hados gentiles, á condición de que fuera donada por vosotras al suplicante amor. No es un regalo. Es un préstamo de los dioses.

Los amantes tenemos derecho á exigir el cumplimiento de la deuda que contrajeron con el Olimpo vuestras líneas de una elocuencia voluptuosa capaz de redimir el mundo y hacerlo pagano.

La gracia yace dormida en vosotras. Cuando despierte ¡ay de los crueles tiranos de vuestro sexo! No olvidéis que la virginidad de las rosas que no han sido desgarradas por el afán de Febo, es una inefable promesa, pero que esa clausura deja de ser bella cuando se marchita en el tallo.

Vírgenes, promesas vivas del amor, ¡que el amor se cumpla!

Yo sé que vosotras amáis en el secreto de vuestro corazón, que vuestras noches están llenas de inquietas, tentadoras imágenes, que se entibian en el calor de vuestro lecho los ensueños del Ideal pagano, los desmayados evangelios del Beso, que vuestro cuerpo es tejido de ternura, como amasado con caricias, que corre en vuestras venas azules la sangre mora. . . ¡que habéis nacido amantes y que no sois comprendidas!

En cuanto á mí, yo quisiera desprender vuestras cadenas y mirar



con un beso cada señal dolorosa que hayan imprimido en vuestra delicada hermosura, los duros hierros.

Vuestros enemigos y los míos me calumnian en vuestro corazón. No creáis á esos perversos cristianos, á esos implacables perseguidores de la Vida. Yo traigo en mis labios para vosotras un Evangelio de miel. . . Yo sueño redimiros. Yo sé, que tímidas corzas, os sobresalta y angustia la vigilancia egoísta que pesa sobre los latidos de vuestra tierna ansiedad ¡oh mecedoras esclavas! y que si como Diana, vuestra diosa, pudierais abandonaros en los claros de luna inmortales de la floresta, como ella os dejaríais convencer tibiamente. . . . Cumpliríais vuestra deuda con los dioses. . . ;Yo sería. . . vuestro Endymión!

---

Diana, la Diosa de la Castidad, debía capitular ante el amor. De no ser así en vez de griega habría sido judaica. De este humanizarse de Diana arranca todo el desacuerdo de las dos tendencias seculares, de la pagana y de la hebrea, del templo alado de mármol y de la sinagoga. ¡Tal fué el genio de la raza inspiradora de los hombres! ¡Grecia no pudo olvidar un instante, en un solo rasgo de su Mitología que toda belleza se debe al amor. . . que esos dos arrobamientos marchan enlazados; que la flexible curva, la línea predestinada, es el emblema del Deseo y del Arte, que en ella se confunden soñadoramente en un beso el genio de Praxíteles y la ternura de Lamia!

Diana, la épica reclusa, la precursora olímpica de Lucrecia, la cazadora indómita, armada del carcax, que castiga de muerte al osado que la estrecha, se acobarda al fin en brazos de Endymión. . . Símbolo eterno de que la castidad será siempre vencida por el amor. . . Sinagoga, ¡¡ruge!!

. . . Sonrió al talento del griego, del amante Petronio Guimaraes, ¡mi hermano de causa! No habría sido más galantemente poeta un cortesano de Trianón. Risueño y sutil, mira la Naturaleza á través de su impertinente del Directorio. Tiene la gracia que ofició mimada



á los pies de las marquesas, de las diosas *poudrées* del esprit y del madrigal, de mejillas y cuello salpicado de lunares, como chispeantes y discretas alusiones á besos.

*Onyx* es la poesía más genuinamente reveladora de ese espíritu adorante con que perfuma el Poeta.

De *Onyx* son para el cortesano de la Belleza, «os roseos espelhos» de las manos de lirios que decía Salomón, regalo de los labios, divino instrumento trémulo de la caricia, á que los estetas rendimos arrodillado culto, que encierran toda el alma preciosa femenina.

¡Manos de lotus, enajenantes creadoras de suaves espeluznos, de ráfagas tibias, de melodías de sensaciones, apasionadas intérpretes del alma, blancas mariposas inquietas del Placer!

*Madona dos meus segredos  
e contemplando teus dedos  
que eu beijo o valor do onyx.*

El poeta viste traje de Versailles: chorrera de encaje, espadín con vaina de terciopelo y zapatos de raso con broches de diamantes.

Su genial descuido deja caer la piedra *Onyx* en un pliegue de la falda de la Maintenon.

Como las uñas, los ojos de la amante son de piedras:

*Mais quando a sombra azul de certo olhar me amparo  
Amo o escuro esplendor dos olhos de saphyras.*

El poeta camina, embriagado, en la gótica gruta de estalactitas, en el dactilothéca de la Naturaleza y de la mujer, bajo los diamantes del cielo, en su mundo encantado de pedrería...

Es imposible admirar las piedras sin que fosforezcan ante los ojos las civilizaciones supremas que duermen en el polvo de la fábula, en

lejanías musicales de ensueño... La India... Arabia... Persia... Egipto... Alejandría... Menphis...

¡Con llorosa y estremecida nostalgia, con martirizada ansiedad, los estetas errabundos de la civilización judaica tendemos desvanecidamente los brazos á las edades pródigas en que los hombres vivieron los sueños, en que la Belleza, viva, corpórea, caminó en el mundo como el mismo Dios esterilizante de la secta oscura que, en un delirio de crimen, en una apoteosis rampante de lúgubres apostasías, inmoló á la tierna hija de los Dioses! ¡que consumara en ella el sacrificio de la entera vida!

¡Incubo perverso! ¡Noche aciaga del pecado! ¡Mentira colgada de una cruz! Cuando tú apareciste, callaron sobrecogidos los besos y los brazos se desenlazaron... Tú no tuviste piedad del mármol. Tú asestaste al niño triscador de Atenas en el regazo de Venus. Tú secaste las aguas puras de todas las Castalias, tú quebraste las cráteras. ¡Tú pisoteaste, colérica, en la ciénaga, nuestra corona de rosas!

Torturadora implacable, por ser la madre torpe de tu aberración, de tus altares en que flameó, encendido, el odio á la Belleza con que ultrajaste á inefables destinos, ¡la secta abominable de Judea vaga en el odio eterno, en el eterno exilio!

¡Sobrevivientes del éxtasis pagano, de la gloria anacreóntica, caminamos despavoridos, á tientas, en la huesa cristiana, entre cadáveres crispados y dispersas rosas desgarradas, perseguidos por la pestilencia de la Muerte! ¡Sólo tu recuerdo nos alumbró ¡oh Grecia! y nuestro corazón conserva un rayo delirante de Helios!

¡Vibra en la sombra tu ritmo blanco, ¡oh Palas Atenea! ¡oh mármol en que tiemblan besos! ¡oh curva estremecida! ¡oh religión!

Belleza, tu destino era el silencio y el olvido. Efímera naciste de un veleidoso azar. ¡Te forjaron los hados melancólicos para ser un recuerdo, para no ser vivida, para abreviar nostalgias, para arrancar de lejos el sollozo de un imposible amor!



Piedras preciosas: Claridades de Oriente... Jardines de Semíramis... Cascadas suspirantes de Antioquía... Ciudades en que á distancia se escuchaba la blanda música de los besos... ¡Templos de las caricias! ¡Paraísos en que corría el deleite mezclado con las savias! ¡donde soñó la Naturaleza en coro con la fiesta de los hombres!... ¡Guirnaldas de brazos! ¡¡ebrio olvido de la muerte!! ¡sonrisa de la tierra, amorosa claridad del cielo!... ¡Asia del color y del Perfume, maga creadora de la voluptuosidad de Atenas que á su joven pasión mostraste á Baco coronado de pámpanos! ¡Regazo inmenso y aterciopelado de estetismo! ¡De las epopeyas de luz de tus imperios, de tu divinidad, de tu arcano, de tu gloria, nos quedan las piedras, como de la Hélada, nos quedan las rosas!

¡Yo os confundo en un mismo vértigo, en un mismo éxtasis, astros de los rajahs y de las bayaderas, tesoro de Salomón y de Belkis, perlas rivales de Cleopatra y rosas que perfumasteis en las sienas de los convidados olímpicos las épocas geniales del estetismo griego! ¡Flor sagrada, flor de la dicha que Anacreonte llamara inmortal, que todavía perfumas como exhalando el alma de los mundos desvanecidos!... ¡que has quedado en pie, incensario incólume, acariciando con el embeleso fluido de tu mirra invisible, el ara derruída de los Dioses!

¡Trasunto inefable del feérico desnudo de Venus á que te uniste en la primera imagen, como al decir del Poeta, son las piedras, trasunto de sus pupilas!

Agasajo radioso de la tierra en que se embebió la primera aurora... que encierras la frescura del mármol, que sabes de Endymiún y de Selene... ¡Ebria flor delirante deshojada en las cráteras: aroma del Falerno con que mojaban labios temblorosos los cuerpos tibios de Laïs y Lamia! que robaste tu grácil armonía al ritmo de los besos, tu suavidad á las caricias, al placer tu dulce hálito... ¡Flor matinal que perla el lloro trémulo de la Belleza fugitiva en la Noche, que como los lirios del templo de Dafnis en la «Muerte de los Dioses», *luchaban, al morir, con su frescura perfumada*, contra el calor asfixiante del fuego desatado por el furor cristiano contra la gracia invencible del Olimpo, tú pareces luchar con tu esplendor pagano y asiático,

con tu explosión sensualista, en un perdurar indefinido de las ansias helénicas porque sucumbieran aquellos lirios mártires, contra la fealdad sacrílega del mundo del Galileo; ¡oh flor heroica, hermana de las piedras á las que superas en calor, en vida, pues eres casi humana, casi carne! ¡reliquia viva de la muerta religión de la Belleza! ¡flor que amamos los estetas como la mujer, como las piedras, como el recuerdo de los crepúsculos dorados en los jardines de Semíramis!

Las piedras, impregnadas del poder misterioso de los magos, tocadas de encanto, granizo de luz llovido del Asia, conquistaron el mundo á su irresistible dominación. Hipnotizaron las almas con el fluido indio de su belleza, con sus parpadeos hipnóticos de estrellas.

Las perlas que Buckingham, en un torrente de amor, derramó á los pies de su querida regía, fueron recogidas en el verso por Gautier, de alma fría y preciosa como las piedras, alma de camafeos y de esmalte.

Petronio Guimaraes se ha tejido con ellas una diadema feérica. . . Es el confidente de las piedras. El sabe de su lenguaje, de sus virtudes raras, de su hechizo penetrante, de sus alegrías y de sus tristezas misteriosas, del talismán que encierran, de su intervención en los destinos, de su vida fantástica, de los mareos con que obseden, de los bálsamos consoladores con que perfuman, de las tristezas en que anegan, de las ansias que irritan, de las esperanzas que azuzan; él sabe del alma humana del ópalo que encierra

«o encanto inmorta! da volubidade»

el prestigio de la divina inconstancia, miraje favorito del deseo, eterno más allá de amor:

*Bendita sejas pois esa oscillante ardencia  
Que tem faz quasi humana, ó joia do luar,  
Eu tambem na fugaz angustia da existencia  
Mudo sempre de amor para poder amar!*



El esteta, resplandeciendo bajo la fría luz de su diadema de piedras:

*E que importa esquecer o amor de tres semanas,  
Tolher de bocca em bocca á flor da morbidezza.  
Que valor podem ter as lagrimas humanas  
Quando o sonho e alcançar à suprema Belleza!*

.....  
*Outras vezes evoco os fluidos iris gazeos  
Da quella que ao morrer me deo à Inspiração.  
Tambem na velha Grecia ò semideus Parrasius!  
Torturava o modelo em busca da Expressão!*

.....  
*¡ Ah! deixa me viver na esplendida ardentia  
Dos pomposos clarões con que a retina feres!  
Opala muda sempre e serás à armonia.  
Poeta: Ama a mulher nos braços das mulheres!*

La pálida exilada, la que muriendo hizo al Poeta don de la inspiración, don de su alma, transcurre, de una levedad intangible, hecha de suspiros, vestida de cielo. . .

*Hoje passeu juncto a mim  
Toda de azul-celeste  
Pallida como o marfim*

.....  
*E sobre minh'alma agreste  
De seus olhos vi baixar  
Uma sombra de cipreste.*

Resbala como un rayo de luna:

*Era uma fluida neblina  
Suave de contemplar*

.... Inefablemente serena, de una melancolía penetrada por la dulzura del alma de las turquesas, redimida de la aridez de su enco-

nado dolor, de su flagelante angustia, arranca al Poeta que lo olvidara y á quien su pena, en ese instante vaporosamente atrae:

*Tal vez lhe apague tristezas  
A côr celeste e divina!*

El Poeta, en delirio, confunde la Muerte y la Vida. Sacude las aguas silenciosas del Aqueronte con la borrasca de un grito pagano. Invoca á la desvanecida con la erupción de los antiguos deseos, que sacuden, en tumulto, sus alas frenéticas como águilas prisioneras.

*Dentro de mim tua alma resuscita.  
Dame o teus beijos, Venus Afrodita.  
Eu te amo! eu te amo!*

.....  
*E lá nas sombras immortaes e puras,  
Eu te amo! eu te amo!*

El templo del Amor se halla abandonado, como un templo griego. Crece en él el musgo de los recuerdos. Encaminemos á evocar la antigua dicha. Yo te sigo, Poeta. ¡Vibran las liras de mi alma! Yo amaré contigo.

Salomón entona el epitalamio eterno: Ven, embriaguémonos de amores, gocemos de los abrazos deseados hasta que amanezca el día. Vivimos... luego amemos, Cátulo prorrumpe. La madre tierra tiene en su seno inscrito el fulgurante lema con caracteres de besos. A Cátulo repiten todos los anhelos que se tienden en su vasto lecho.

El Perfume es el alma penetrante de Cupido. Las estrellas impacientes, clamorean: ¡Apuraos mortales!

*Anda de pressa que Saturno e velho,  
E a horas fogem como pombas soltas!  
.....  
Vem deleitar o meu sorriso amargo  
Juntos entremos na mançao de Eleusis!  
Vem! que o meo leito e nupcialmente largo.  
Trono de amor e branco altar de deuses!*



*Tenho saudades phisicas das flavas  
E ducteis curvas dos teus braços nús...  
Ah! que delicia quando me pregavas  
Em veos de beijos nessa ardente Cruz!*

*Eden...* La elegida acudirá á los ruegos del amor inconstante, del sibarita que

*ama a mulher em todas as mulheres*

—cada mujer es una cuerda de la lira del sexo—; llevando en su frente y en su corazón llameante la dicha preciosa, el instante único robado á la eternidad de los olvidos!

El Poeta enroscará á su cuerpo serpientes de joyas y serpientes de alegrías, unguirá sus pies *con peregrinas gomas* al rumor de fuentes que lloran esmeraldas y rubíes; la envolverá en túnicas de lino de *immortal albura*, mimará sus pies con escarpines de seda azul que contendrán *los bálsamos de las Indias, musgos y jazmines* y aspirará el Infinito breve del amor peregrino que se aspira sobrehumanamente, suspenso el hálito, ¡que se quisiera retener en una suprema palpitación aleteante!

*Deixa-me esquecer á morte á vida e tudo  
Nesse olhar qué tem caricias de velludo!  
Queimame no incendio destruidor e vandalo  
Desta infinda trança que trescala sândalo!*

Luego ella cruzará las avenidas del parque que alucina el fulgor tibio de la luna.

*E ao celeste brilho da immortal Diana  
Pelos negros bosques de arvores de azérolas,  
Como a esbelta Lollia, emperatriz romana  
Pasearás vestida num roupao de pérolas!*



*A bordo.* El Poeta viajando bajo el cielo de una noche enlutada sin estrellas, sentado en la borda, *procura ver si su Dios permíte que su amante surja del mar como Afrodíta!*

Guimarães, sentimental exquisito, de una ciencia profunda, hállase en el secreto de que el amor sabe á un goce divino cuando se mezcla con la sal de las lágrimas, que el dolor es hermano del amor, como la muerte es hermana de la vida. Cultiva las nostalgias del abrazo más bellas que el amor mismo. Se embriaga de evocaciones en el dactilothéca de los recuerdos en que sus sibaritas desdeñadas lloran con lágrimas de perlas, con *lágrimas verdes* de esperanzas, como las *serias* con lágrimas de topacios de amarilla desesperación.

Los amores desvanecidos que no vuelven, los irreconciliables, sin entrañas, perfuman de lejos, amparan al Poeta con las alas quiméricas de sus imposibles. El amante se deja mecer blandamente *por el arrière goût* de los olvidos, dulce acritud de lágrimas, aterciopelada *saudade*, resonancia crepuscular del Beso, sombra tibia y cariñosa de los sauces que se inclinan en el alma; ¡inmortalidad del amor! ¡No pueden olvidaros los que una vez os bebieron! ¡oh crepúsculos! ¡oh nostalgias! que hacéis vivir en los desfallecimientos de la ternura otros desfallecimientos, en los deseos otros deseos, en las alegrías otras alegrías que se encuentran; ¡amor de amores, hecho de muchas almas, tornasolado de mirajes, perfumado de bálsamos! en que los rencores se funden en óleo satinado de perdones infinitos . . . ¡en que florecen Penas dichosas, Melancolías triunfantes, que, á través de su neblina de llanto, contemplan la Dicha!

*Ama a mulher em todas as mulheres.* Esto es, ama, ruega, sueña, desea, olvida. Un solo amor no hace vivir la Vida. Multiplica tus sensaciones, artifice magno de tu corazón, ¡oh Poeta! ¡oh soñador del sexo! El Amor y la Belleza son un miraje melancólico, un más allá . . . Persíguelos. Son un anhelo eterno, ¡imprégnete de su eternidad!

El dolor afina. Embébetete de amargura. Acepta el brevaaje que te





servirán las Hadas funestas en las soledades devoradoras en que el Infinito está mudo: así las liras de tu alma vibrarán al menor soplo: arpas eólicas.

*Ama a mulher em todas as mulheres*

para no ignorar la penetración de un solo beso, el trémolo de un solo suspiro, un solo albor de la alegría, un solo anochecer del pesar, una sola tibieza aterciopelada de la piel. . . . ¡oh tú, que pretendes fecundar las almas al son de la lira! ¡Que tus lágrimas caigan sobre los corazones como el rocío sobre capullos abiertos; que su enigma, comprendido, te sonría. . . .

¡Inspiradas de presentimientos, las vírgenes que no han amado recogerán el tierno Evangelio de tus labios que besaron mucho. . . . ¡oh tú, que pretendes fecundar las almas al son de la lira!

*¡Veni! ¡Electa mea!* Bajo el verso abovedado y acústico el Poeta elige uno de los amores idos:

*Regressa ao Templo tu que és linda e bôa  
Que tens os olhos infantis e calmos!  
Que tens nos labios uma voz que sôa  
Melhor que os hymnos dos sagrados psalmos!*

El silencio está lleno de las armonías del recuerdo. Los amores adormecidos vibran, trinan; sacuden de las alas gozosas el polvo de sus mortajas. Es primavera en el corazón, todo resonante como una catedral estremecida por los himnos. Vivimos. . . ¡luego amemos! El Poeta, crepitante de saudade, siente radiar en torno el alma de los besos que expiraron en sus labios exhaustos. . . .

Siente llamear la esencia embriagadora de su corazón inmortal, gigantesco diamante de mil prismas que retrata mil fisonomías de mujer en actitudes pensativas. . . . Siente que fué un mal sueño el



hastío y que es verdad la dicha. En la dorada mañana del entusiasmo:

*Não te escarneças destas dôres! teme-as!  
Eu posso amar-te como d'antes! corre!  
As nossas almas sempre foram gemeas!  
E o nosso amor é como un deus: nao morre!*

*Tenho noticias tuas pelos barcos  
Vindos de longe! e sem falhar caminho,  
— Como os pombos-correios de San Marcos—  
Os nossos beijos voltam sempre ao ninho!*

La amante fatídica de ojos fúnebres, de ojeras enlutadas, dementes, la afrodisiaca sin piedad, sanguinaria del placer, corroída por el veneno de los deseos tantálicos, insondables, sin fin, calcinada en el furor de los insomnios, sedienta como el arenal, surge *da treva*, vampiro del deleite, y extiende los brazos crispados por las angustias indómitas de su vandálico despecho al poeta que le sobrevive. Hubo de arrancarle la vida ¡que importa! La sombría demente de los besos es también inspiradora:

*Vem dissipar o obscuro véo que empana  
As aureas luzes do meo templo de arte!*

El Poeta mismo en una entrega arrodillada, recuerda su esclavitud

*A tragica sombría dos amores!*

Implora, ávido, la antigua muerte de sus caricias perversas.

¡Aun vive! ¡Aun puede sofocar su grito de llamas en el asesinato de los besos! ¡Aun puede en holocausto á su vorágine, arder y consumirse sobre la erupción de su seno, como el incienso en el ara!



Como todos los fanáticos quisiera morir por su Dios:

*Ah! volta! volta! como queres ir-te!  
Ainda tenho ouvidos para ouvir-te.  
E tenho ainda beijos para dar-te!*

El sibarita evoca aquella que identificó su alma con el verso, « que camina sobre las rimas ».

*¡Oh, quantas vezes eu senti teos passos!  
Pela Turris Eburnea dos meos sonhos!*

Es la amante, hermana de la Musa, cuyos ojos miran con flotantes imágenes, que acaricia con la blandura de los ritmos; que tiene rocío de lágrimas para los nenúfares que se abren, temblorosos, en los silencios del alma; la enternecedora que crea el dibujo de opio en que se mecen las horas lentas, que vela el sueño leve de las angustias cansadas...

Se piensa en Sully Prudhomme, el poeta de la ternura, que dice de los desfallecientes corazones de artistas:

*Il leur faut une amie à s'attendrir facile,  
Souple à ses vains désirs comme au vent les roseaux,  
Dont le coeur leurs soit un asile,  
Et les bras un berceaux.*

El Poeta ha expirado en la Cruz de todos los brazos. Tiene llagas vivas y sangrientas. Tiene incrustados los martirios. Ha hecho la ruta alucinante del amor. La Consoladora está lejos de su corazón niño:

*Oh! quantas vezes, em piedoso aspeito  
Como as Walkyrias sobrenaturaes,  
Vinhas portar-te á beira do meo leito  
E me dizias phrases maternas!*

*E quanta vez, na soledade fria  
E que as angustias me dilaceravam  
A tua ausente bocca me sorria...  
Os teos braços ausentes me apertavam...*

¡Almohada de los pesarosos crepúsculos, blanda hija de los olvidos!  
¡Tus manos están llenas de adormecedores nefentes, tu viertes en la sien del poeta el licor de tus bálsamos sobre cada señal de un beso!

¿Qué ha sido del esteta implacable, del burlador olímpico de las lágrimas humanas, qué del semi dios Parrasio? Las tintas del amantista, de la piedra «toda douçura, toda piedade» iluminadas por el rayo de luz agonizante que clarea en los templos, lo envuelven en melancólicas ráfagas de tul.

Con la voz opaca de llanto, Don João dice á la piedra que lleva o *luto das tristes viudas*.

*A luz violacea con que me inspiras  
Dos idos tempos recordo a historia.  
Coral! Topazios! Rubi! Zaphiras!  
Vin de luzir na minha memoria!*

*As fortes flammæ de carmezim  
E aos ameos brilhos de igneos claroës,  
Tal vez renazca dentro de mim  
A rubra orchestra das sensaçoes*

.....  
.....  
.....

El Poema concluye como una ola de aterciopelada unción á los pies de la Musa, á la que ofrenda el peregrino de la mujer la lira, en acción de gracias. Siente la dicha de haberse exhalado en himnos comparable á la de haber recogido en los labios muchos anhelos gozosos, á la de haber absorbido y devuelto los besos. Lo enajena el deleite de la Melancolía consolada por el aura seráfica de las grandes alas de la Musa. En los transportes llorosos de las visiones geniales vió brillar la Noche estrellada del alma. Se unió á la vibración del Eter



infinito en los estremecimientos del verbo fecundado. Diluyéronse los amores errantes. El Poeta está solo con la Musa, con el supremo Amor; profético de ráfagas, luminoso de sensaciones y de resonancias. . . abandonadas á los vientos desconocidos las lirras temblorosas de su orquesta interior, semejantes á los árboles patriarcales de la floresta de grandes copas enronquecidas por rumores augustos. . .

Lo nimban los contornos de apariciones lunares que se desembarazan de nieblas desflecadas en el vaivén del Ensueño. Son las raudas creaciones de su videncia anímica, de cabellos hechos con el oro de las tardes en que él soñara, de pupilas hechas con las sombras en que él sufriera, que le murmuran, en éxtasis, con la sinfonía de sus sollozos de gloria: ¡Hemos sido encarnadas!

La Musa tiene junto al Poeta una palpitación de estrellas. . . ¡Suprema consoladora á cuyo seno estremecido se acogen todos los amores, todas las nostalgias, todos los sedientos anhelos del hijo pródigo de la Vida!

Embriagador nefente, dispensadora tierna de los dulces olvidos, mecedora de los pesares, sonrisa de las inquietudes, compañera de los exilios del alma, de los desgarramientos inicuos, de los lacerantes desamparos, de alas que refrescan, de besos protectores que suspiran sobre las enconadas llagas. . . ¡transida de dolores inmortales, fulgurante de inmortales esperanzas! de ojos que se anegan en una suavidad de cielo, en un soñar remoto, con tristezas de ocaso; de carne hecha con los lirios de fantásticos jardines, de labios hechos con la lumbre de los inflamados ponientes, de pupilas hechas con la pena de las desoladas sombras; acongojada inefable de mirada de luz y alma de susurrante melodía, que bajo sus desplegadas alas temblorosas cobijó á Musset. . .

¡Ella conducirá al Poeta, coronado de ansias, divinizado de imposibles, á través de la inconstancia martirizante de la Ilusión, al regazo luminoso de las auroras póstumas en que la Belleza engujará su llanto, en que las precederas sonrisas serán tocadas de eternidad, y donde, en una clave de astros, disiparán su arcano las almas infinitas! . . .



53940

U866.3  
C314p



